



UN CASO CARVALHO

MANUEL VÁZQUEZ
MONTALBÁN

SABOTAJE OLÍMPICO

Una operación de desestabilización política internacional está en marcha y todo puede ocurrir en los Juegos Olímpicos de Barcelona. El detective Carvalho deberá desenmascarar a los villanos antes de que Estados Unidos lance sus misiles, porque su vicepresidente, que no está familiarizado con la geopolítica, cree que Bagdad está al lado de Barcelona.

Historia es la ciencia que trata de los hechos que forman parte de la vida de la humanidad a través de su desarrollo, explicando también las causas que los han motivado.

SANTIAGO ANDRÉS ZAPATERO

Dii nos quasi pilas habent,
[Los dioses nos hacen ir como pelotas.]

PLAUTO, Captivi 22

Biscuter tiene una teoría sobre Escofier. No sólo la tiene sino que la exhibe siempre que puede a un Carvalho de vez en cuando arrepentido de haberle financiado un viaje a París y un curso acelerado sobre sopas en la Academia de Alta Cocina de *mister Everglace*.

—Escofier representa la Suma Teológica de la gran tradición de la cocina burguesa.

Cuantas veces Carvalho ha tratado de descomponerle la oración y preguntarle, por ejemplo, ¿qué quiere decir Suma Teológica?, Biscuter ha tenido respuesta.

—La releche final.

La parte positiva de la expedición parisiense es que Biscuter, tras demostrarle que era capaz de afrontar los consomés difíciles en su sutileza como el consomé *á la brunoise* o las sopas más y menos características de la cocina francesa—desde la sopa de cebolla a la manera de Les Halles hasta *le potage Thurins Roumanille* en la más pura línea escofieriana—, ahora se atreve con los *potages* «extranjeros», «extranjeros» insiste una y otra vez Biscuter como si hablara desde una postiza identidad francesa.

—¿Sabe usted que Escofier tiene en cuenta la olla podrida española? Aunque el tío no puede disimular lo que le cae mal de la cocina española: los garbanzos y el chorizo. Hoy le voy a hacer una sopa muy extranjera, jefe.

—¿Para qué irse tan lejos?

—Hay que experimentar.

Y experimenta un *potage* Ouka: caldo de pescado a base de esturión, espinas y aletas de pescados diversos, agua, vino blanco, perejil, celerio, hinojo, champiñones,

sal... A Carvalho se le va la cabeza cuando piensa en todo lo que falta para entender el plato y que esté al servicio de una simple sopa, de una blanda sopa. A la vejez, potajes. La solidez profunda de un plato hondo lleno de tropezones agresivos pero domados por el mucho cocer. ¿Lo crudo? ¿Lo cocido? ¡Lo recocado! Pero Biscuter se le escapa. Como la realidad. O la memoria. Desde su viaje a París ha dejado de ser esencialmente dependiente, como si hubiera descubierto la geografía más allá de su universo de exjoven presidiario y ya no tan joven criado para todo de un detective escaso de fortuna y de optimismo. Acaso no desee ya la compañía de Biscuter, ni la de la realidad, ni la de la memoria, en consonancia con la cultura del olvido establecido. Julio de 1993. Hace un año todo estaba dispuesto para el inicio de los Juegos Olímpicos de Barcelona, el mayor espectáculo del mundo y las vivencias han sido engullidas por el sumidero de la crisis de casi todo y casi todos. Los dioses se han marchado al olimpo verdadero, pero ni siquiera, de creer a las autoridades económicas, han tenido la gentileza de dejarnos el pan y el vino. Y cuando recuerda las ensoñaciones de los días de los Juegos Olímpicos siente la necesidad de reforzar sus vínculos naturalistas con lo concreto. Algo habría que hacer. Algo debería hacer. Desde el epílogo de los juegos ha conservado la costumbre de ir al filósofo en vez de, como hacen otros, ir al psiquiatra. Su filósofo de cabecera sigue siendo Xavier Rupert dos Ventos y ante la pregunta sobre la ausencia de dioses, el filósofo le contesta desde la orilla de su teléfono:

—¿Qué hacer? ¿Para qué? Si desea hacer algo es que aún le queda sentido... finalidad... tal vez sólo se trate de instinto de finalidad... reflejo condicionado de finalidad. Es cierto, los dioses se han marchado, lo anunció Holderlin, pero él creía que habían dejado el pan y el vino. Déjeme interpretarlo como metáfora de la satisfacción material. ¿De verdad no nos quedan satisfacciones materiales? ¿Me ha hecho caso? ¿Ha cambiado de olla a presión? ¿Ha probado

el queso de cabra de Corgá? ¿Sigue adicto a los vinos de la Ribera del Duero? ¿Por qué no se pasa al agua mineral con gas? O tal vez no se trate de hacer, sino sólo de decir. Y le dice a Biscuter:

—Ponle garbanzos.

—¿A la sopa Ouka, jefe?

—A todo... Ponle garbanzos y chorizo a todo...

—Eso es nacionalismo, jefe. La ola de nacionalismo que nos invade.

¿Qué tenía en común con aquellas gentes que se encaramaban a un pódium colectivo para que les pusieran las medallas del olimpismo? Contempló por televisión la llegada de la antorcha olímpica, la fiesta greco-catalana de recepción y lo mejor fue la espléndida muchacha que llevó la antorcha a tierra firme para que iniciara un paseo por toda España, en manos de políticos, deportistas y cualquier otra gloria local, en pos de marcar un territorio épico a la vez que zoológico. Si lo hubieran presentado como una fiesta recaudatoria de fondos para mejorar la ciudad o la especie residual celtibérica o le hubieran preguntado, al menos, si valía la pena mejorarla, Carvalho se hubiera abstenido igual, pero al menos habría aceptado el pringue de las personas, las cosas y los días, dejándose llevar por un verano más verano que los otros:

*Siempre se espera un verano mejor
y propicio para hacer
lo que nunca se hizo.*

Había cantado un poeta de adolescencia contemporánea a la de Carvalho, de la que le llegaban poemas rotos que alguna vez había leído o incluso le habían leído:

*No hubo fornicación
y la muchacha vive todavía.*

¿De quién era? Qué más daba. La sensación de extranjería la llevaba en los huesos, como un frío intransferible, parecida a la que había sentido en los Getsemanís del franquismo, desde un exilio interior al que entonces le empujaba la obscenidad de la dictadura y ahora la inmensa, implícita presión de las multitudes olímpicas le empujaba al arcén de los coches deprimidos que no quieren correr porque han dejado de creer en la carrera. Durante diecisiete días la ciudad estaría ocupada por una amplia minoría de deportistas practicantes y por una inmensa mayoría de deportistas de palabra, pensamiento y omisión. Una ciudad ocupada por gente disfrazada de saludable puede llegar a ser insoportable y más insoportable todavía si, a causa de los Juegos Olímpicos, la ciudad se ha hecho la cirugía estética y de su rostro han desaparecido importantes arrugas de su pasado. Reyes, presidentes de repúblicas probables, la insoportable levedad del ser de todos los miembros del COI, gordos y gordas con las mochilas llenas de filosofía olímpica negados para siempre a distinguir entre los caníbales y sus víctimas y a las puertas de la ciudad acampados, en espera de su oportunidad neologizada, los *paralímpicos*, eufemismo de otro eufemismo, los *disminuidos*, para protagonizar a continuación la olimpiada de la piedad peligrosa en el marco de una sociedad que sólo se preocupa de sus disminuidos cuando consiguen meter goles con la nariz.

Carvalho decidió recurrir a un sucedáneo de suicidio metafísico que había ensayado en sus tiempos de deprimido histórico, cuando debía convivir con la excelente salud del cadáver del franquismo y el general permanecía como un muñeco embalsamado en vida, sólo capaz de mover el brazo y la pistola, obstinado en permanecer en el escenario

del crimen, como convidado de piedra en los escenarios de su propia obsolescencia de bárbaro *primum inter pares*. Vaciar una habitación, cerrarla a cal y canto, con Carvalho dentro, desnudo, sin otro nexo con el pasado y el futuro que un frigorífico lleno de alimentos populares y fantasiosos perecederos y un jamón, como recurso alimentario vinculable con la eternidad. La cultura metafísica y gastronómica de Carvalho había mejorado mucho desde sus crisis de finales de los sesenta y esta vez decidió encerrarse en su casa de Vallvidrera, puertas y ventanas selladas, incluso ranuras y rendijas, con cinta aislante. El cuerpo todo lo desnudo que exigía el verano y la angustia, pero con el breve *slip* que reclama el sentido del ridículo a partir de los cincuenta años y tanto en el frigorífico como en la despensa, de Chez Fauchon para arriba, sin descuidar productos gastronómicos españoles que hubieran conseguido superar con dignidad las asechanzas de la posmodernidad, que tantos estragos ha causado en la cultura del mercado del paladar.

Cerrado «... por vacaciones del espíritu», su despacho de detective privado situado en las Ramblas, una de las pocas calles de Barcelona respetadas por la piqueta olímpica, pero ocupada por las cámaras de televisión de todo el mundo embriagadas por los efluvios de aceites fritos de quinta generación y forasteros de la propia ciudad, de otras ciudades, pulmones intrusos en el oxígeno podrido de las ingles de Barcelona. Su mundo se estaba llenando de otros, en el peor sentido de la palabra, como paso previo a dejar de ser su mundo. Quiso cortar todo vínculo con la otredad, para empezar con los otros más próximos y así envió a su ayudante Biscuter a una sorprendente ampliación de estudios, sorprendente la ampliación, porque ni siquiera había constancia de estudios que ampliar, mediante el viaje concertado más barato que encontró en la agencia de viajes más insegura de sí misma de Barcelona. Un antiguo sueño de Biscuter consistía en trasladarse a París a realizar cur-

sillos especializados sobre cocina, sobremanera atractivo el referente a sopas y potajes, platos hondos en suma, sobre los que Carvalho últimamente teorizaba, agraviado por las amenazas de la edad tardía.

—Cuando no me queden dientes, Biscuter, y al precio que se han puesto los dentistas, lo más sensato será volver al origen de la alimentación del primate, expulsado del paraíso del bosque y obligado a dejar de ser depredador, vagar por la sabana, almacenar bestias y vegetales, hacerse agricultor, ganadero, artesano y con ayuda del fuego aprender a cocinar.

Con un cierto cinismo, Carvalho subrayaba la teoría con la práctica y mientras así disertaba, construía la hoguera de su chimenea con la inestimable ayuda de *Cocinar hizo al hombre* de don Faustino Cordón, eminente biólogo materialista dialéctico y entusiasta soldado republicano cofundador del V Regimiento.

—Más allá del asado, fruto de la cocina de la casualidad, nacido sin duda en un momento de tembleque manual que dio con el solomillo de diplodocus en las brasas de un fuego de campamento prehistórico, el primer verdadero plato, el primer acto fundacional de la cocina como cultura del enmascaramiento del asesinato de la otredad para comérsela, fue lo que los franceses llaman le *pot-au-feu*, que en francés suena a tesis doctoral, como todo, pero que no es otra cosa que el cocido y por extensión el potaje. En el agua se cuece todo y en el agua quedan sus mejores sustancias y para tomar ese elixir nutritivo no hacen falta dientes. En París te enseñarán la alquimia de las mejores sopas y los mejores potajes.

—¿También podré ir a ver la Tour Eiffel?

—Entra en el precio.

—¿Y el Folies-Bergère?

—Toma veinte mil pesetas y vete a ver tetas, Biscuter, tan perfectas que son irreales.

—A mí no me gustan las tetas irreales, jefe.

—Es que tienes buen gusto y no te gustan las tetas perfectas. *Play Boy* ha hecho una faena a las mujeres perfectas. Nadie cree en ellas. Parecen cuerpos de desplegable hectacrome.

Motivado por tan variados objetivos, partió Biscuter hacia París en un autocar de plástico transparente donde le proyectarían hasta la somnolencia *Españolas en París*, película *philosophique* sobre el destino de la mano de obra barata española y femenina en el París situado entre dos revueltas inútiles, la de mayo de 1968 y la próxima. Liberado de responsabilidades personales, Carvalho se dispuso a superar la prueba de su intolerancia olímpica en la más drástica de las soledades. Sus dos vicios principales, cocinar y quemar libros, le proporcionarían contacto con la materialidad, le ayudarían a transformar el mundo y en diecisiete días de encierro podía permitirse el placer de quemar libros sustanciales; para empezar el volumen de *Que sais-je?* sobre el olimpismo.

Aunque su decisión fue estrictamente privada, y escaso de familia y allegados nadie podía conocer la peripecia antiolímpica del detective Carvalho, el protagonista de aquel acto esencial de rebeldía y desprecio se sentía tan insuperable como fatalmente autosatisfecho. Tiempos de narcisismo. ¿Qué mayor placer que ser el único gozador de su negación de los Juegos Olímpicos de Barcelona? Si quería razonar su rechazo de las convocatorias olímpicas, podía recurrir a la argumentación de que son juergas extradeportivas que se resuelven en excelentes negocios urbanísticos y mediáticos. O la estupidez congénita de los Juegos que descansaba en la no menos congénita estupidez e ignorancia de la realidad de su fundador, el barón de Coubertin, capaz de sostener que el deporte supera las desigualdades sociales y sólo permite las desigualdades derivadas del mayor y mejor esfuerzo deportivo: «La posición social, el nombre o el patrimonio heredado de sus padres no revisten ninguna importancia en este propósito». Pero le parecía ex-

cesivo malgastar argumentación para un rechazo visceral. De Antonio Machado había heredado el odio por la gimnasia y de una profunda genealogía de perdedores, el rigor de no exhibir el exhibicionismo. Malos tiempos para ese rigor en una España que presumía de Juegos Olímpicos y Exposición Internacional de Sevilla como dramatizaciones privilegiadas de su modernidad. Si bien a nadie metían en un frenopático por estar contra los Juegos Olímpicos no era por tolerancia, sino por exhibición de la tolerancia. Estaba rodeado de exhibicionistas.

Se imaginaba el ademán borbónico y preocupado de su majestad el rey Juan Carlos preguntándole a la reina:

—Sofía, ¿has visto a Carvalho?

La perplejidad de la reina no la distraía del repaso del guion que se había escrito para cumplir suficientemente su cometido. También el rey, desde la gran profesionalidad que le caracterizaba, repasaba los atributos de realeza y los decálogos de conducta de un rey posmoderno que él mismo iba redactando en lo que podría ser un curso intensivo de Formación Profesional Permanente para Reyes y Príncipes en activo. Si bien en el pasado había contado con asesorías éticas y políticas de transición, entre las que destacan las cartas que le dirigiera don Emilio Romero, en el presente ya todo lo confiaba a la experiencia, aunque hubiera deseado que alguien le escribiera una *Ética para reyes*, a ser posible personalizada, y, un desiderátum, que se la escribiera el mejor sastre de éticas del país, don Fernando Savater.

—Es que me corta mucho, majestad, hacerle una ética a un rey.

—Pero hombre, Savater... ¿no se la haría usted a un jockey del Gran Derby o a un fisioterapeuta? Un rey es un profesional más.

Perpleja la reina ante la evidencia de que Carvalho no había estado presente en los Juegos, casi no pudo salir de

la perplejidad, porque se la corrigió y aumentó el comentario de Fidel Castro:

—¿Dónde se habrá metido el pendejo ese?

Y Bush, absolutamente desconcertado:

—¿El asesino de Kennedy reside en España y no va a los Juegos Olímpicos?

Aunque Bush no acudiría a las Olimpiadas, obligado como estaba a declararle la guerra a alguien para poder superar la caída en picado de su audiencia electoral. Samaranch, el presidente del COI (Comité Olímpico Internacional), ese sí que estaba indignado:

—¡Me lo temía! ¡Me temía un acto de desprecio carvalhiano, una prueba de la infinita soberbia de los intelectuales a la que siempre se refería el Excelentísimo Generalísimo Franco! Y sin la menor consideración a la presencia de los reyes y a la mucha estima que su majestad le tiene.

Había llegado su hora de negarse a consumir farsa democrática, autos sacramentales de modernidades, cultura de simulacros a lo Walt Disney. En todo el mundo se había despertado una gran curiosidad por comprobar la capacidad de fiesta organizada que le quedaba a un país del sur progresivamente abocado al sumidero engullidor de un norte problemático, el norte de los dioses menores. Reservarse el derecho de participación era la única respuesta que le quedaba al abuso de negarle el derecho de admisión perpetrado por la Vida y por la Historia. Solazado por tanto goce de su secreta, por todos ignorada, rebeldía, Carvalho se creía a salvo de cualquier acechanza del exterior. No había comprendido la trastienda fascista del lema olímpico «Lo importante es participar», consigna del Gran Hermano democrático y benefactor, o la conminatoria «Contamos contigo», elucubrada años atrás por el actual presidente del COI (Comité Olímpico Internacional) cuando era el ministro de deportes *in pectore* de Franco.

Durante tres semanas podía dedicarse a rumiar sus decadencias, las mellas dejadas en su paisaje interior por la

marcha de Charo, aunque quizás el motivo fundamental de su desconcierto era que ella hubiera escogido Andorra como tierra de exilio sentimental; un valle almacén de electrodomésticos, ¿o acaso no era un enmascarado valle repleto de electrodomésticos el resto del mundo y Andorra tenía el valor y la sinceridad de asumirlo? También le dolía en el corazón, cazador solitario —quemó la novela del mismo título de Carson McCullers en cuanto vio aparecer el título en la pantalla de su memoria—, la imposibilidad de lograr a Claire en el laberinto griego de su último trabajo o el desfase entre sus nulas ambiciones hacia nada o hacia nadie y las ganas de volar que percibía en Biscuter, matriculado en todo tipo de cursos por correspondencia y coleccionista de catálogos de viajes.

—Un día hemos de dar la vuelta al mundo, jefe. Quiero comprobar si se puede hacer en ochenta días.

—Si no la das en ochenta horas no te dejan... No te permiten ochenta días. ¿No ves que hay, cola y la gente se empuja con riesgo de caerse por el acantilado del fin del mundo?

Charo le había advertido: «Te estás quedando sordo», pero Carvalho había atribuido el comentario a la voluntad de toda mujer de disminuir a su pareja para canibalizarla más fácilmente. Ahora que Charo había escogido la libertad, añoraba sus vigilancias convencionales, una dedicación de pareja que a pesar de su atipicidad y pequeñez le transmitía la sensación ilusoria de que alguien se preocupaba por él. Pero alguna razón tendría Charo porque no percibió los ruidos que desde fuera de la clausurada puerta de su casa de Vallvidrera reclamaban su presencia. Hasta que de pronto la puerta principal cedió a una patada de bota militar y el orificio abierto en el contraplacado fue agrandado por una colección completa de botas militares hasta dejar espacio suficiente para que la casa de Carvalho fuera invadida por toda clase de cuerpos represivos: paracaidistas, policía armada, guardia civil, policía privada, policía mixta,

bomberos, numerarios del Opus Dei, especialistas en dietas, gaiteros escoceses, socios de clubs náuticos, huérfanos del socialismo real, *boy scouts*, porteros de *night club*, homosexuales sin complejo de culpa, yuppies en crisis de crecimiento, jóvenes filósofos y filósofas, sociólogos partidarios del pasado como pretérito perfecto ultimado y de futuros tan imperfectos que no debían ser ni imaginados. Botas, botas, botas, salvo los mocasines Sebago de los jóvenes filósofos y mocasines Camper de las jóvenes filósofas, algo menos estándar, dentro de su natural prudencia exhibicionista, el calzado de los sociólogos partidarios del pasado como pretérito ultimado, perfecto, y del futuro inimaginable desde su connatural imperfección.

Carvalho fue registrado a pesar de que sólo llevaba el *slip* y se le aplicó la *ley Corcuera*, mal llamada de Seguridad Ciudadana, versión española corcuerita, corcuerizada y corcuerante de las nuevas leyes que la Europa democrática va estableciendo para defenderse de una futura invasión de los chinos, con la excusa de luchar contra el narcotráfico.

—¿Puedo ponerme una chilaba?

—No hay permiso explícito, por lo que debe estar prohibido implícitamente.

—¿Una guayabera?

—Durante las Olimpiadas no se puede hacer propaganda indirecta de la Cuba comunista. Después aún mucho menos. Ofendería las sensibilidades liberales y plurales.

Quien llevaba la voz cantante era un sociólogo del equipo de cerebros que solía rodear al ministro del Interior, concretamente el sociólogo ayuda de cámara, especialista en el vestuario de la posmodernidad. Obligado a vestirse con un traje de verano adquirido en las rebajas de unos grandes almacenes de la ralea Mark & Spencer, Carvalho fue conducido a una furgoneta blindada y sin vistas al mar ni a nada que partió hacia lo desconocido. Dirigió la operación un capitán de paracaidistas norteamericanos que di-

suadió a Carvalho de todo tipo de resistencia mediante la exhibición de una jeringuilla.

—Como te muevas te inculo un virus desconocido.

—Dígame de qué se trata. Igual me interesa.

—Si te interesara te lo cambiaría por otro. No soy de la Cruz Roja. ¡Jodido rojo! ¡Subversivo de mierda! ¿Para esto hemos ganado la guerra fría y la guerra bacteriológica? ¿Para que desgastados como tú desmoralicen a una humanidad alegre, feliz, dicharachera y en paz con su conciencia y sus limitaciones?

La furgoneta llegó a su destino. El capitán enfundó la cabeza de Carvalho con una capucha que tenía para él un especial significado sentimental: era la misma capucha que había puesto sobre la cabeza de Raúl Sendic cuando enseñaba a los golpistas uruguayos a torturar a los enemigos de la cristiandad.

—Raúl Sendic fue un gran detenido, lo reconozco, y eso que yo le tenía ojeriza porque bajo sus órdenes los tupamaros habían liquidado a nuestro agente en Montevideo, don Mitrione. Le pedí al señor Sendic si podía quedármela y no entendí lo que me dijo porque estaba en muy malas condiciones de emisión, pero, desde luego, no hizo el menor signo externo de oponerse.

Carvalho tampoco pudo hacer el menor signo externo para oponerse e internamente se sentía muerto, como lo estaba ya Raúl Sendic, y se reconoció a sí mismo buscando a Sendic por las tinieblas del Más Allá, en su parcela de pasado perfecto. Pero cuando creía verle en una esquina de una habitación para desaparecidos perfectos, es decir, los perfectamente desaparecidos con la inestimable ayuda de la muerte, le quitaron la capucha y bajo una amenazadora luz de *atrezzo* convencional, distinguió un buen puñado de gentes con poder, formando círculo en torno a don Juan Antonio Samaranch, presidente del COI (Comité Olímpico Internacional). De su pasado de joven rico, boxeador, *Kid Samaranch*, y algo fascistón, don Juan Antonio conservaba